

## Reflexiones en torno al centenario del movimiento pentecostal.

### Del patio de las mujeres a la Mesa de las Dorcas.

Relato testimonial sobre la centralidad e importancia de la Clase de Dorcas en las iglesias pentecostales.

María Palma M.

Los templos cristianos han establecido categorías para distinguir espacios: altares, púlpitos y escalones señalan quien está de un lado y quien está del otro. En la práctica, quienes son los seres humanos que por su condición y posición social poseen el privilegio de estar en el espacio sagrado y quienes pueden estar y actuar desde otro lugar. El templo de Salomón disponía de un Patio para las Mujeres en el cual la presencia de éstas era legítima; entre ese patio y la mesa de las dorcas instaurada por muchas iglesias evangélicas hay una gran distancia espacial y cronológica. Entre una y otra época el movimiento de Jesús revolucionó el mundo: Los pobres; las prostitutas; los cojos; los mancos; los ciegos; los niños y las niñas encabezan la caminata del Reino de Dios. Los evangelios relatan que muchas mujeres estuvieron entre estos privilegiados. Sus casas fueron templos sin altares, y ellas fieles discípulas de Jesús que le siguieron más allá de la cruz. Una expresión de ello ha sido, en nuestro medio, La Mesa de las Dorcas.

En su relato biográfico la pastora Anita Reyes Díaz<sup>1</sup>, cuenta el origen de este espacio en Chile:

*“Las mujeres se empezaron a organizarse desde un principio en la Clase de Dorcas, desde los tiempos del pastor Willis Hoover. Empezaron a reunirse los días miércoles en la noche de las 7:00 a las 9:30 ò 10:00. Se reunían para orar para que Dios pudiera proteger a su iglesia y la hiciera libre. Y todas las peticiones que se pusieron delante del Señor fueron escuchadas porque con el*

---

<sup>1</sup> Pastora Ana Reyes Díaz, (1910-2008) esposa del pastor y obispo Enrique Chávez; fundadores de la Iglesia Pentecostal de Chile. Entrevista Año 2001. s/p.

*tiempo hubo libertad para todo. Empezaron a llamarse Dorcas<sup>2</sup> desde el primer día. Las dorcas usaban –y usan aún en algunas partes– una mesita, porque no tenían derecho a subir al púlpito, se lo prohibían..”<sup>3</sup>*

La Mesa de las Dorcas, símbolo del espacio de habla de las mujeres en los templos, me inspira dos reflexiones. La primera claramente tiene que ver con la figura de la mesa como uno de los signos más potentes de la inclusión de la diversidad y la pluralidad en el encuentro cercano, íntimo, gratuito. Al mismo tiempo que tan lejos para las mujeres de los lugares denominados patriarcalmente “santos”.

La segunda es una mirada desde el lugar de las invisibles, de aquellas mujeres que construyen espacios sagrados llenos de espiritualidades sanadoras que conllevan las vivencias de lo cotidiano, y allí creen y crean procesos de restauración para sí mismas, para sus familias, para otras familias. Allí se hacen mediadoras entre una generación y otra, hacen puentes entre los preceptos y normativas de las iglesias y la realidad que viven sus hijos e hijas más allá de las congregaciones. Ellas son sostenidas en y por este espacio de habla, de sanación. Me impresiona el fuerte carácter terapéutico y comunitario de los procesos grupales que se dan en su interior y que han sido una fuente de testimonio a lo largo de varias décadas.

En mayo de 1962 participé en una Clase de Dorcas en Curacautín, allí hubo 325 mujeres reunidas. ¿Qué hacían allí más de trescientas mujeres de una pequeña comuna de la Región de la Araucanía, en un espacio sin escalones? Por lo que vi puedo afirmar la presencia de una expresión de gozo en sus vidas. Este gozo no ocultaba la situación de pobreza de muchas de ellas, sus dolores y malestares de mujeres, pero la experiencia que vivían era de salvación, de resurrecciones cotidianas, de emociones que brindaban nuevos sentidos de vida.

---

<sup>2</sup> El nombre Dorcas deriva de un relato de Hechos (9,36-43) sobre una mujer de Joppe llamada Tabita (en griego Dorcas que significa gacela), rica en buenas obras y en limosnas que hacía. Fue resucitada por la oración de Pedro.

<sup>3</sup> Palma, María (2002) Historias de Vida de Mujeres Pentecostales. s/p.

La fuerza de los sesenta por si misma no fue suficiente para cambios en las iglesias. La mesita de las dorcas sigue allí cual faro señalando el lugar de las mujeres en las iglesias. En esa década algunas iglesias evangélicas chilenas se integraron a organismos ecuménicos internacionales.

La pastora Ana Enriqueta Chávez<sup>4</sup> en su relato biográfico cuenta el impacto que este hecho tuvo en sus vidas y la vida de la iglesia:

*“Mi padre era para mí la persona del respeto y yo lo respeté muchísimo. En los inicios de la década de los sesenta él amplió el campo de relaciones eclesiales e internacionales y estableció relaciones con el Consejo Mundial de Iglesias, esto le permitió conocer otras realidades, la experiencia de Iglesias de otros países le amplió su visión del mundo y de la forma de vivir el Evangelio, le abrió nuevos horizontes respecto de la participación de hombres y mujeres en los distintos ministerios de la Iglesia; él cambió sus pensamientos, dejó de ser el pastor estricto de la Iglesia y se convirtió en un amigo, en un consejero. Él me invitó a ser diaconisa de la Corporación, en esos años las diaconizas eran las esposas de presbíteros. Los pastores no aceptaban a las mujeres en el Ministerio Pastoral. Le pedí pensarlo por un largo tiempo, yo no quería iniciar el camino del pastorado, pues no quería que se repitiera mi historia de infancia y juventud en mis dos hijas, como madre deseaba que ellas tuvieran la libertad de elegir libremente en todos los ámbitos de sus vidas”*

Esta apertura de relaciones eclesiales tuvo también sus efectos en las mujeres. La lectura de la Biblia desde las experiencias de las mujeres empezó a establecer un diálogo cuerpo a cuerpo con la Biblia, con ritmos y códigos propios; este estilo abrió nuevas fuentes de agua en medio de los desiertos. Las imágenes de

---

<sup>4</sup> Historias de Vida de Mujeres Pentecostales. 2002. s/p.

Dios se hicieron más cercanas y el Dios de Agar; Jesús que vio y llamó a la mujer encorvada, que habla con la mujer samaritana, se hizo compañero de camino.

La hermenéutica bíblica, nutrida con los aportes de las disciplinas de género, ha aportado novedosos elementos a esta lectura experiencial de la Biblia y ha permitido que muchas mujeres vivan la reconciliación con su ser mismo de mujeres, con sus espacios sociales y eclesiales.

En nuestro país, la década de los noventa fue el tiempo de los Encuentros Nacionales de Mujeres Pentecostales. Las mujeres de Iglesias y organismos cristianos se unían para conocerse y construir la historia desde sus propias visiones. La participación de las mujeres, su presencia y aporte en el desarrollo y crecimiento del movimiento pentecostal, el tema de las identidades de las mujeres, sus preocupaciones por el quehacer y desafío de la iglesia de hoy fueron debatidos. De allí surgieron propuestas que muchas de las líderes llevaron a sus comunidades de fe. Paralelamente se realizaron múltiples experiencias de formación y capacitación para mujeres evangélicas en liderazgo, desarrollo personal, prevención de violencia intrafamiliar, sexualidades y consejería pastoral.

He sido parte de esta historia de mujeres pentecostales, conozco el arduo trabajo de muchas de ellas: evangelizadoras, misioneras, poetas, educadoras, constructoras de templos, jefas de dorcas, visitadoras de enfermos, lavanderas de ropas propias y ajenas, cocineras incansables. La mayoría de ellas siguen siendo mujeres sin nombre, igual que en los tiempos bíblicos.

El poder del símbolo es muy potente y, en este caso tiene que ver con estructuras del lenguaje, con el sujeto hablante, con aquello que se nos hace inteligible a la hora de quien habla y quien escucha, lo cual también es jerárquico. Quizá por ello a las mujeres se nos hace difícil escribir lo que está impreso en nuestras memorias personales y colectivas, en nuestras historias de vida concebidas fuera de la historia oficial, espacio que permite que otros hablen de nuestras identidades enumerando elementos de fácil descripción. Para muchos

investigadores sociales este 70% de presencia de mujeres en las congregaciones no ha sido visible. No obstante, como en el patio de la diversidad del AT, el espacio de la diversidad de la mesa de las dorcas ha sido el lugar del cual se han apoderado las mujeres para crecer por sí mismas, algunas de ellas han asumido el ministerio pastoral como Pastoras titulares, aunque todavía en un muy bajo porcentaje respecto de los hombres.

El camino recorrido en las últimas décadas nos ilumina respecto de la construcción de identidades personales y grupales de mujeres evangélicas y pentecostales, hoy reconocemos que nuestras identidades que se constituyen como en espejos, en negociaciones, en conflictividad, en datos colectivos que se entrecruzan con otras dimensiones culturales, pero también en búsqueda de nuevas prácticas sociales que favorezcan el respeto, el saber, la memoria o la noción de una identidad más fluida, más permeable a la escucha de las diversas voces que componen las iglesias.

En el contexto del primer centenario pentecostal, muchas mujeres trabajamos en la perspectiva de que se abra el concepto de “posibilidad” y se amplíe de manera que la posibilidad de creer, la posibilidad de pensar, la posibilidad de poner en movimiento “abra” la posibilidad que puede llevar al cambio en las relaciones entre hombres y mujeres en las comunidades de fe, que efectivamente sean relaciones de participación de iguales en justicia, en dones y capacidades que con gratuidad nos son dados en la vivencia de lo humano, sin distinciones de ningún orden.